

Enrique Trenado Pardo et al.

Relatos de Bibliotecas
Segundo Certamen Literario
de la Biblioteca Universitaria de Granada

Granada
2013

© LOS AUTORES
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
RELATOS DE BIBLIOTECAS. SEGUNDO
CERTAMEN LITERARIO DE LA BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA DE GRANADA
ISBN: 978-84-338-5515-2.
Depósito legal: Gr./ 672-2013.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Diseño de cubierta: José María Medina Alvea
Preimpresión: TADIGRA, S.L. Granada.
Imprime: Gráficas La Madraza, Albolote, Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primer Premio:

Enrique Trenado Pardo

Accésits en orden alfabético:

Silvia Bellón Sánchez

David Cortés García

Ana Morilla Palacios

Juana Magdalena Olmedo Cardenete

**El Jurado de este Premio ha estado compuesto
por los siguientes miembros:**

Antonio Sánchez Trigueros,

Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada
de la UGR

María Isabel Cabrera García,

Directora de la Editorial de la UGR

Amelina Correa Ramón,

Catedrática de Literatura Española de la UGR.

Julia Olivares Barrero,

Miembro de la Academia de las Buenas Letras de Granada
y Bibliotecaria de la Diputación de Granada.

Rocío Raya Prida,

Bibliotecaria de la UGR.

Índice

Prólogo:	
La vida universitaria con humor.....	11
<i>Antonio Sánchez Trigueros</i>	
Introducción.....	19
<i>M.^a José Ariza Rubio</i>	
Derecho Civil Dos (terror académico)	23
<i>Enrique Trenado Pardo</i>	
Cadáver exquisito	41
<i>Silvia Bellón Sánchez</i>	
Bolígrafos anónimos, sueños sin tinta.....	69
<i>David Cortés García</i>	

10 Índice

Georgina escritora	91
<i>Ana Morilla Palacios</i>	
Cartas de una estudiante desconocida.....	115
<i>Juana Magdalena Olmedo Cardenete</i>	

Antonio Sánchez Trigueros

La vida universitaria con humor

Con muy buen criterio, y dado el éxito de participación y calidad de la primera edición, la Biblioteca Universitaria, de nuevo con la valiosa colaboración de dos editoriales, la alemana Springer y la universitaria de Granada, decidió hace unos meses convocar la segunda edición del premio de narrativa corta para estudiantes, que en esta ocasión también ha tenido una gran acogida, no siendo menor la altura literaria como demuestran los cinco trabajos seleccionados, que se presentan en este volumen. Si en la edición del pasado año el tema propuesto era el de la “biblioteca”, tema ya de por sí muy inspirador para cualquier escritor, en esta ocasión, aunque

pueda parecer lo contrario, el reto ha sido más complicado, pues “la vida universitaria”, que ha sido el tema escogido, exigía un esfuerzo de invención y originalidad, que salvase los tópicos recurrentes y la monótona rutina de las clases, el estudio y la diversión, propios del día a día de cualquier alumno universitario. En este sentido hay que afirmar que muchos de los relatos y desde luego, y más en concreto, los finalmente seleccionados han superado sobradamente el reto propuesto y desde el primer momento de su lectura consiguieron interesar vivamente a los cinco miembros del jurado, lo que, como ya ocurrió en la primera edición, nos obligó a una lectura detenida y contrastada del amplio material narrativo que se nos ofrecía. Una vez más veíamos demostrada nuestra firme creencia en la capacidad creativa y literaria de muchos alumnos de los diversos ámbitos académicos de nuestra Universidad.

Una advertencia. Seguir hablando de los relatos ganadores, que aquí se recogen, implica entrar en su asunto y sobre todo en su construcción, lo que en muchos casos va a significar poner al descubierto sus sorpresas, por lo que invito al lector en este momento a dejar de lado este prólogo y reanudar su lectura

cuando haya concluido su aventura lectora de este interesante volumen.

Reanudando mi breve discurso sobre sus virtudes de conjunto, hay que constatar también la buena escritura del relato ganador y de los cuatro que han conseguido merecer el accésit, todos ellos contruidos con un prosa fluyente, clara, bien articulada y con unos periodos de lenguaje muy medidos que poco a poco y sin pausas van descubriendo novedades en el desarrollo de la narración, como exige la debida concentración que demanda el verdadero cuento o relato corto.

Y no es menor el interés que presentan en sus distintas maneras de dar forma original al relato, que en el caso del ganador, *Derecho Civil Dos (Terror académico)*, se presenta en principio como un monólogo reflexivo, que en su final da un quiebro; en *Cadáver exquisito* son cinco relatos de distintas voces en primera persona que confluyen en un mismo fin; en *Cartas de una estudiante desconocida* el tema universitario, levemente presentado, sirve de marco a ocho cuentos, a cual más terrible, inquietante y cruel; *Georgina escritora*, por su parte, es una historia, muy bien articulada, de plagios con un final explicativo sorprendente; y en fin, el quinto de

la serie, *Bolígrafos anónimos, sueños sin tinta*, se presenta como un relato más bien plano de la vida universitaria pero continuamente salpicado de un sabio empleo lingüístico del humor y la ironía, que impregna con abundantes sorpresas todo el relato.

A este propósito una de las características en que todos coinciden precisamente es en el humor como óptica constructiva; un humor que matiza las circunstancias, algunas verdaderamente dramáticas, y los comportamientos y actitudes de los personajes que deambulan con viveza narrativa por estos relatos. En el caso del ganador es el quiebro final y esos alumnos agazapados bajo las bancas; en el de las cinco voces consiste en su propósito de conseguir *este premio* (sí, este del que estoy escribiendo) para ayudar a uno de los personajes; en el de los cuentos crueles es el perverso procedimiento de dejarlos en cualquier sitio como cartas abandonadas; en el de los plagios será el juego continuo de guiños literarios al lector y la propia solución del problema; en el quinto se resuelve a través del propio lenguaje, como acabamos de plantear.

Y ahora me voy a permitir dedicar unas consideraciones más detenidas sobre la narración

ganadora, *Derecho Civil Dos (Terror académico)*, de Enrique Trenado Pardo, estudiante de Derecho, que en dura competencia consiguió la mayoría de los votos del jurado. Decía más arriba que este relato se presenta en principio como un monólogo reflexivo, que en su final da un quiebro; en efecto, en este relato de diez páginas una voz narrativa se dirige a una segunda persona del singular que, por el profundo conocimiento que demuestra de la interioridad del que es presentado como el *otro*, el lector puede asimilar muy pronto y sin ningún esfuerzo especial a un *yo* desdoblado en *tú*, un procedimiento muy utilizado en la narrativa contemporánea, sin ir más lejos y brillantemente por Juan Goytisolo en *Señas de identidad*. El discurso que desarrolla es un ejercicio activo de reflexión sobre ese terrible momento de las vísperas de exámenes y que se resume en la sencilla frase amenazadora que desde el primer día de clase, como recuerdo, nos repetía a los alumnos de Letras don Juan Sánchez Montes: “mayo llegará”. La narratividad está en cómo se cuentan esos momentos de angustia nocturna, de miedo, de remordimientos, con una ambientación pertinente, a la deprimente luz de un flexo, rodeado de manuales y apuntes,

cuando el café ya no es suficiente para mantenerte despierto; porque la acción se construye con un lenguaje reiteradamente bélico, como si de una batalla se tratase y el narrador se encontrase escondido en una trinchera sobre la que recibe las balas de unos enemigos, autoridades académicas o políticas y asignaturas personificadas, de las que solo puede defenderse con el bolígrafo, “tu fiel fusil en la trinchera”. Hay, pues, acción, personajes, conflicto, reacciones, todo ello ordenadamente planteado con lógica narrativa y con un despliegue verbal e imaginativo en verdad bastante notable. Y así va discurrendo el relato entre sobresaltos y amenazas hasta que en la antepenúltima página del original el narrador parece que cambia de pronto de registro y se dirige ahora a una pluralidad en segunda persona, que despista al lector, y cuya identidad (antes singular y ahora plural) empieza a vislumbrarse cuando se descubre que desde el principio alguien les está hablando desde una tarima; son, en definitiva, los alumnos, que aparecen finalmente donde han estado durante todo el relato, escondidos, *atrincherados*, bajo los pupitres, tratando de defenderse del discurso terrorífico del profesor en clase. Cuando llega a la conclusión sorpren-

dente de la narración, el buen lector siente la necesidad imperiosa de ir al principio y volver a leerla a la luz de esas páginas finales, y ese será ya otro relato, un nuevo relato con otros personajes y distinta escenografía. Nada mejor se puede decir de un buena pieza literaria que con sabiduría narrativa provoca esa ineludible reacción recreadora en el lector.

Mi enhorabuena al justo ganador y a los cuatro finalistas que merecidamente han conseguido el accésit.

Antonio Sánchez Trigueros
Catedrático de Teoría de la Literatura
Presidente del Jurado

M.^a José Ariza Rubio

Introducción

Es para mí un profundo placer y orgullo presentar este segundo volumen el Certamen Literario de la Biblioteca Universitaria de Granada.

Placer, porque significa la continuidad de un ilusionante proyecto que a propuesta de Rocío Raya Prida, Bibliotecaria de la Universidad, comenzó el año pasado.

Orgullo al ver la calidad tanto humana como intelectual del alumnado de la Universidad que un año más han demostrado que los tópicos de inmadurez e incultura que a menudo surgen cuando se habla de él, son, la mayoría de las veces falsos. Muy al contrario, son cultos, profundos e inteligentes.

La Biblioteca Universitaria de Granada quiere darles un foro para expresar sus inquietudes, en este caso literarias, y para fomentar unas habilidades que sorprenden por su calidad. Y lo hace acompañada por dos magníficas editoriales, la Editorial Springer y la Editorial de la Universidad de Granada que desde sus comienzos han colaborado con el proyecto con entusiasmo. La editorial Springer dotando una cantidad económica para el primer premio, y la Editorial de la Universidad de Granada ofertando la publicación y distribución de una obra que contiene el relato ganador del primer premio y los cuatro accésit.

También nos auspician en este proyecto los miembros del Jurado Antonio Sánchez Trigueros, Catedrático de la Universidad y académico, Julia Olivares, académica y bibliotecaria de la Diputación, Amelina Correa, académica, profesora de nuestra Universidad y escritora, Rocío Raya, bibliotecaria de la Universidad, y M^a Isabel Cabrera, Directora de la Editorial Universitaria que se han prestado desinteresadamente y con entusiasmo a desarrollar sus funciones.

De la calidad de los relatos, serán ustedes testigos cuando finalicen la lectura de este volumen, a mi solo me queda, como Directora

de la Biblioteca Universitaria, agradecer a todos los que han hecho posible este Certamen que seguirá revelando nuevos escritores.

Granada, abril de 2013

Enrique Trenado Pardo

Derecho Civil Dos (terror académico)

Tras muchas oscuras reflexiones, casi todas nocturnas, y rendido¹ a la deprimente, amarillenta y fría luz de un flexo, concluyes que, efectivamente, hay una trinchera. Que resulta que tenían razón los cuervos de mal agüero, los perros viejos veteranos curtidos en los campos de batalla de mil y una convocatorias agotadas, de mil y dos oportunidades perdidas. Es una trinchera negra y sucia salpicada de culpa sacada de la pereza, una zanja en la que no sabes muy

1. O rendida, también en adelante, porque el miedo académico no conoce de género.

bien cómo ni cuándo has caído (o más bien no quieres saberlo, aunque podrías), y en ella están *todos* invitados. El Derecho civil dos, el cuatro, el Derecho del trabajo, la economía política, la cara fea del procesal... Todos ellos, malditos sean —y malditos son—, sonrén, te sonrén, mostrando tantos dientes como categorías doctrinales imposibles de retener, y saludan con la manita mientras la tierra mojada se amontona a tu alrededor, hasta que demasiada grava articulada y titulada sobre las pestañas casi te hace perderlos de vista, pero no de la memoria. No, de la memoria nunca se irán mientras sigas en la zanja. El trabajo pendiente, el *debe* como concepto de remordimiento, siempre agarra fuerte. Echa raíces.

La calle está ardiendo más allá de la trinche-ra, está bullendo; es cierto que hay una guerra ahí fuera, que parece que todo se tambalea y que nada es seguro; es verdad que puede que todo se caiga a pedazos antes de que, al final, se derrumbe sin remedio y nada de lo que estás haciendo valga la pena, pero eso es mundo exterior. Y hace tiempo que dejó de existir eso para ti, para nosotros, para todos, salvo para el que cena con un telediario. Qué viejo privilegio que ahora sabe tan escaso, tan

poco útil, tan bohemio. *Mundo exterior*. Suena a risotada tirada a la cara, a excentricidad de mal gusto. A bofetada que tumba, que hunde entre mareas de papeles ilegibles. Sí, se han deforestado bosques enteros, han corrido ríos de tinta envasada en plástico barato e incómodo, se han desangrado árboles para esto, para irritar a ecologistas y yacer y lamentarse entre papel mojado. La anarquía existe más allá de un aristócrata ruso que vagamente te llega a la mente, y ahora es de celulosa. Cuando los ojos duelen y los dedos temblorosos resbalan, cuando la cabeza está en llamas y las vértebras (víctimas inocentes de tu falta de previsión) amenazan con rebelarse ante una tarea digna de esclavos, cuando el café hace tiempo que dejó de ser suficiente, el papel sin fin ni destino, ese rectángulo garabateado que se jacta de ser un pedazo de vida gastada imposible de adjudicar a un valor, reclama su sitio en el caos. Es una auténtica bandera que corona los montes del desastre. Es un documento notarial certificando tu fracaso ante cualquiera que se acerque a leerlo. Y entonces echas de menos *numerar*, llevar el orden a las notas indomables, al caos. Pero ya no más. No en la trinchera.

No a esas horas.

Horas —oras, también, por si alguien aún atiende y/o quiere atender—. Se encararon con optimismo, es verdad, y desde fuera parecían más dignas de aprovechamiento, pero ahí en la trinchera cada minuto es una bala, y quien quiera que sea (a saber, porque la maliciosa lista es larga y creativa: el Decano, el Rector, el Ministro, el Rey, Angela Merkel...) tira con ametralladora, y además con muy buena puntería. Nunca una madrugada se hizo tan desesperadamente corta. Nunca tantas horas rindieron tan poco, ni siquiera aquellas de *cubatas* y *gintonic*s en las que la mayor preocupación solía ser el calzado o la mirada del portero, en las que se derramaba el tiempo malgastado sin que nadie tuviera interés en reciclarlo. Tiempos lejanos, añorados con sueño, mejores por pedir menos a un cerebro a punto de reducirse a cenizas. En la trinchera, si hay tiempo, es el que marca la Ley. Y la Ley, haciendo honor a su inflexible equis latina —que bien puede estar amagando, como un oráculo maligno, una crucifixión cercana—, no juega a tu favor. Desde luego los *tics* compiten con los *tacs* en un implacable duelo a rapidez (bastardos compinchados...) que ninguno de los igualados contendientes parece

estar en disposición de ganar hasta que, más víctimas inocentes, el reloj de aguja —cuyo única falta fue su clasicismo— pierde las pilas, y por poco la integridad estructural. Pero, ¡si solo fuera eso, y nada más! Ay.

Pero está claro que no lo es. No lo es de ninguna manera. Dedos de alambre hacen surcos sobre tu cara macilenta, bocas secas están tentadas de recurrir al gimoteo que solía resultar en la enseñanza primaria y en alguna afortunada ocasión de la secundaria. De repente es tentador tirarse al suelo, rodar y buscar consuelo materno entre sollozos. De repente resurge la vieja idea de rendirse, de dejarlo estar, de ir a dormir y no volver a alzarse hasta que el falso alivio tape a la verdadera vergüenza y la mantenga bien atada hasta el próximo examen, que por desgracia tampoco queda demasiado lejano. Un pequeño crujido indica que algo se ha roto, y solo esperas que no haya sido el bolígrafo, tu fiel fusil en la trinchera, el único cetro de tu débil reinado. Puede ser algún hueso, una neurona ya agotada y fundida, una arteria vital poco acostumbrada a la tensión, pero por favor, no sin tu bolígrafo. Puede estar mordido, doblado, desgastado de paliza dactilar. Puede ser barato, vulgar, incluso fácilmente sustituible.

Pero sin él estás perdido, especialmente si no has terminado de subrayar, de anotar. Aunque a esas horas...

Repasemos, hagamos balance de lo que llevamos hasta ahora: Tema 1. Baila. Tema 2. Borroso recuerdo lejano, evocado con el más primario esfuerzo memorístico. Tema 3. *Frío*². Tema 4. *Miedo*. Tema 5. ¿Existía? Tema 6. Nervio. Tema 7. Obviado, porque cráneo solo hay uno, y empieza a defenderse con mucha tenacidad. Tema 8. ¿Seguro que yo quería estudiar esto? Tema 9. Desde luego es lo que querían mis padres. Tema 10. Estaría mejor recogiendo setas o haciendo garabatos en un parque.

Bombas, todos ellos son bombas sobre la trinchera —y, seguramente, sean de las peligrosas, de las que prohíben las Convenciones de... ¿Martini? ¿Bourbon? ¿Con cola y hielo?—. De tanto en cuando alguna, más por azar que por puntería, lo derrumba todo con estrépito y violencia psicológica, caen aparatosamente a tu alrededor los sacos de la memoria, levantan una verdadera porquería mental y hay que recolocarlos otra vez, laboriosamente, uno a uno, en

2. Desde luego, no fue el espía el único que surgió de él.

el mismo orden, bajo el mismo patrón, porque si no todo pierde el poco sentido que había tenido antes y sobre el que habías intentado apoyarte para salir de la trinchera. Un ojo tiembla, sinceramente harto, sinceramente rebelde y amagando con la insumisión, que empieza a extenderse por tu cuerpo como una alternativa real a tu pobre gobierno. Tal vez lo mejor sea sacarlo (no recuerdas claramente el orden de aplicación de normas laborales, pero sí dónde están las cucharas), o tal vez ceder, cerrarlo en la oscuridad y darle lo que pide, no usarlo nunca más, echar el resto al superviviente, al globo estoico y obediente que aún se mantiene fielmente en su puesto... Arriesgado. Queda encierro en la trinchera por delante, queda mucho encierro, mucha guerra. Los necesitas a todos. Te necesitas entero, aunque eso, como concepto, ya te suene a chiste y desde hace horas sepas que, en realidad, eres varios: el ingenuo, entusiasta e ignorante que fue a la primera clase, el confiado indiferente de mediados de curso, el turista de *barriles*, el ridículamente esperanzado de hacía unos días. Silenciosos y taciturnos compañeros de trinchera, todos mirándote, juzgándote con evidente e irritante superioridad moral, como si la cosa ya no fuera con ellos desde que se

alejaron pasando el testigo, como si no tuvieras nada que reprochar a ninguno de ellos. Y, por salud mental, créeme, es mejor que no lo hagas. No serviría para nada estudiar tanto, castigar y castigarte tanto, si en un loquero no van a examinarte de lo que, desgraciadamente, estás seguro que *aún* no sabes.

¿Merece la pena comprobarlo? No sabría decirte. Podría ser un paso en falso. Podrían caer más bombas.

Pero, diablo, *oxigénate*. Date un gusto, abre una ventana, derriba una puerta con las fuerzas que te queden, pide ayuda al aire. Recuerda que, para bien o para mal, en unas pocas horas habrá terminado todo y la universidad pública guardará su látigo de cuatro colas hasta la siguiente cita. Sí, dentro de poco no importará nada, y lo hecho habrá estado hecho. Momentáneamente. Menudo consuelo más flojo. Vuelven a tu cabeza el Derecho financiero uno, el internacional privado, la siempre punzante Historia... Ejemplos prácticos de que, en realidad, una tortura evitada, ya sea por cobardía o por vagancia, es una tortura condenada a regresar. A regresar puntualmente, porque no hay nada más dolorosamente exacto e inflexible que una fecha académica. Son, esos plomizos

compañeros de viaje, como clavos en un ataúd —otra forma de llamar a un expediente incompleto e insuficiente—. Piedras puntiagudas en el vientre, pinchazos en el abdomen.

Aunque, claro, tanto malestar corporal podría ser menos metafórico. Podría ser, sin más, el café.

Viejo y tostado compañero al que ya estás peor que acostumbrado, roto de tanto (ab) usarlo; ignoras las súplicas de un estómago castigado y de una garganta derretida, y entra en tu gznate por inercia, aunque hace ya tiempo que no sirve para nada, que se está igual con él que sin él, que los párpados pesan como si los llenara el plomo, y no la cafeína. Por mucho que los perros viejos hayan investigado sobre cientos de formas para burlarlo, el sueño, al fin y al cabo, es ineludible. Pero, ¿qué sabrán las necesidades fisiológicas más vitales de lo que es verdaderamente imprescindible? No sabe nada de códigos civiles, legislaciones internacionales, manumisión, recursos de amparo constitucional o normas mínimas. Estúpido y endeble cuerpo que solo pide paz y sueño.

El viejo Vattenberg-Kelsen, que no debería estar allí pero está, ulula sibilinamente su doctrina más allá de la trinchera, en el negro cielo nocturno, rodeado de murciélagos austriacos

que aletean a su son, recitando sus consignas. Luigi Testarolli expone en interminable bucle sus tesis eclesiasticistas, aunque ya hace tiempo que esas cosas no importan a nadie, salvo a quienes las exigen. Sánchez Diazo y sus secuaces, cantando teorías de interpretación de la norma mercantil, corretean a tus pies, imposibles de atrapar, escurridizos entre los dedos. Tampoco podrías agarrarlos aunque estuvieran quietos y sumisos. Hace tiempo que estás de tierra hasta el cuello; llámalo grava, llámalo papel, pero pesa. Ya cuesta tanto levantarse que, más que un ejercicio de estudio, es un ejercicio de arrastre. Imposible no sentirse miserable, o como poco bastante desgraciado. Una especie de gusano, discúlpame la comparación, enterrado bajo pies de gigantes. Muy consciente de que todo empieza a venirle demasiado grande. Pero, aún así, puede que no esté todo perdido, que el drama no sea tal y que, quién sabe, aún puedas alzarte y quitarte toda la tierra que te sepulta. Puede que, después de todo, tanto sufrimiento se vea recompensado, de algún modo. Puede que todo eso sirva para algo, y que de alguna manera se premie a la agonía del trabajo precipitado. Que al fin alguien te descuelgue del madero y te espabile con dos bofetadas.

Porque, y discúlpame de nuevo, hasta los gusanos se levantan y pueden dejar atrás el fango y todo lo demás sufrido. Orlas llenas de antiguos gusanos te sonrían también, exhibiendo con orgullo desmedido el gran logro que queda tan lejano, que se escapa entre los dedos. Al margen de una envidia que te tiene que resultar corrosiva, en ellos, en esos triunfadores, tuvo que haber algo, ¿no? Es decir, algo más, si ellos consiguieron escalar la trinchera (si es que alguna vez se vieron dentro de ella) y ver el sol... ¿Les quedarán uñas? ¿Cordura? ¿Cómo lo hicieron exactamente? ¿Qué tienen ellos que no tienes tú? ¿Es la actitud, la suerte, la perseverancia? ¿Una mejor relación con el Creador o, en su defecto, con el examinador de turno —que, a la larga, tienen potestades semejantes en lo que a Cielo e Infierno se refiere—? ¿El difuso concepto de *esfuerzo* que han vuelto a poner de moda anuncios de, fíjate por dónde, bancos? ¿Qué pasa cuando el esfuerzo llega tarde y no basta?

Pasa eso, pasa todo lo que ya hemos dicho. La noche en vela y los ojos hinchados. La mente en blanco (y negro). El cuerpo y el espíritu quebrados y en abierta dejadez de funciones. La idea de juventud responsable yéndose al ga-

rete más pesimista. Un montón de expectativas propias y terceras tan huecas como tu cuenta corriente —o la de tus padres— después del diabólico pago de ese leviatán llamado matrícula, que más que estimulante ha terminado sirviendo de hierro ardiente. Miedo, mucho miedo. Especialmente eso, pavor del bueno, del que casi se puede tocar, de ese que parece que realmente se atasca en la garganta y no deja respirar. Un terror inconfesable a formar parte del patrimonio más siniestro de la Universidad —sí, MÁS siniestro—, a quedar bajo llave en la mazmorra de los perdedores, a estar en la trayectoria de un dedo acusador. “Aquí yacen a perpetuidad los incapaces, aquí se guardan a los torpes, a los que gastaron sus últimas oportunidades después de haber desmerecido las primera. A los que rozaron, pero no llegaron. No abrir nunca, bajo ningún concepto, por mucho que se oiga al otro lado de la puerta. No abrir nunca: podría desatarse la mediocridad”. Qué pinchazo al orgullo³, la verdad, si es que a esas alturas aún queda algo de eso, si es que no estarías dispuesto a intercambiarlo por una hora más de tiempo de estudio, o por la llave

3. También puede ser llamado, en este punto, “*esa cosa*”.

del susodicho calabozo. ¿Quién va a sacarte de allí? ¿Mamá? ¿Batman?

Esto que acabo de exponerles, el miedo, la duda, el frío, el remordimiento, el arrepentimiento, la envidia, la salud (o la falta de ella), la responsabilidad difuminada, la culpa, el calendario de evaluación, la guerra civil de los sentidos, el encierro perpetuo, el esfuerzo a destiempo, la trinchera, las horas clavándose sin ninguna compasión, los látigos de la Pública y otros instrumentos de tortura, los murciélagos y los cuervos, la claustrofobia doctrinal, la fácil infancia añorada, mamá, a veces papá, las bombas sobre la memoria, el bolígrafo, el papel cumpliendo su papel de ladrillo para tumbas, la entropía, los susurros en la oscuridad de autores y pensadores fallecidos, las risitas cómplices y malévolas de ramas no superadas de nuestros estudios; todo eso que he intentado hacerles llegar es lo que he venido en llamar, desde hace un tiempo, *“terror académico”*. Porque todo es mucho más comprensible cuando se le pone un nombre y se le ubica en un lugar, e incluso algo tan abstracto como este concepto que he tratado de transmitirles, de concienciarles más bien, algo tan inaprensible y tan inquietante puede... categorizarse, si se hace de la forma

adecuada. Y yo, que durante años les he estado observando sobre esta tarima, he creído estar en una posición inmejorable para categorizarlo, para intentarlo. Desde luego, lo he intentado, y me parece que he llegado a resultados satisfactorios y a definiciones muy acertadas, muy cercanas a la realidad que tenemos. Terror académico, lo he llamado, y en una trinchera he decidido lanzarles a ustedes, para que se hagan a la idea, y estoy seguro de que se la han hecho y se la están haciendo aún: englobo ahí desde el miedo al futuro más elemental hasta esa incómoda sensación de tirantez sobre sus hombros, derivada, en realidad, una de la otra con matemática precisión. Es no dormir, o dormir tan mal que no hace honor a su nombre. Es dejarse acompañar, cortejar y engatusar por un estado de ansiedad permanente, derrumbarse o dejarse caer sin brazos que estén allí para recogerles, sollozar o directamente llorar con o sin lágrimas, temblar y no sentir el temblor, dejarse encharcar la sangre con cafeína o estar dispuesto a contaminársela con cualquier brebaje energético, ver lucecitas de color parpadeantes donde uno debería ver sobrias y formales letras negras, pensar que nada de lo que se hace ha tenido nunca sentido, pensar que todo un

mundo podría tener la culpa (y puede, desde luego, en sus horas más oscuras no cabe duda de que *puede*), pero que todo un mundo, del mismo modo, prefiere ignorarlo e ignorarles; supone odiar el mañana y el ayer, uno por condenatorio y el otro por improductivo. Supone también buscarle una salida honrosa al hoy. Es la búsqueda de soluciones cuando ya nadie quiere oír las, cuando ya es demasiado tarde. Es la manifestación más clara de los terrores más asfixiantes que puede tener un aprendiz. Es, en definitiva, que ustedes me tengan miedo a mí y a lo que represento, un miedo primario y reverencial, y al final, cuando sientan que no puedan más, griten en silencio.

Y creo que desde aquí podré oírlo.

Sí, queridos alumnos. Así será mi examen, pero nunca les aconsejaría, como comprenderán, prepararlo de este modo, ni quisiera que pasasen por este delicado y desagradable trance. Como ya ven que no me es en absoluto desconocido, les aseguro que seré muy consciente de todo esto en junio.

Ahora háganme el favor y salgan de debajo de las mesas.

¿Les importaría devolverme el control de asistencia?